

ALEXANDRA PITA GONZÁLES y CARLOS MARICHAL (coords.),
Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930, México, El Colegio de México, 2012,
352 pp. ISBN 978-607-462-325-3

Nociones como nación, nacionalismo, antiimperialismo, desarrollismo, populismo, colonialismo interno, nacionalismo revolucionario ocupan un lugar destacado en el discurso político latinoamericano. En distintos países y por razones muy diversas, dichas nociones fueron y son elementos esenciales de la retórica con la que distintos regímenes buscaron legitimarse o proyectar alternativas de transformación social, recurriendo a la carga ideológica que ellas tienen en el subconsciente popular y en la herencia intelectual transmitida de generación en generación.

Además, como esas nociones van asociadas a personalidades del mundo político o intelectual que figuraron y figuran en forma prominente en los regímenes que recurrieron a ellas para legitimarse, como fueron José Martí, Vicente Lombardo Toledano, Francisco J. Mújica, Víctor Raúl Haya de la Torre, Lázaro Cárdenas, Juan Domingo Perón, y más recientemente Luis Ignacio “Lula” da Silva, Hugo Chávez o Néstor Kirchner, es difícil separarlos de éstos.

Es decir, esas nociones, además de servir como representaciones del mundo sociopolítico, son también instrumentos de movilización social. Ese potencial movilizador del nacionalismo y del antiimperialismo hace necesario aclarar sus diversos sentidos e indagar acerca de sus connotaciones, y sobre todo proporcionar un marco de referencia general que permita comprender el libro coordinado por Alejandra Pita y Carlos Marichal.

En una aproximación inicial, podemos distinguir al menos tres connotaciones del antiimperialismo, concebido como una filiación ideológica típicamente latinoamericana. El antiimperialismo está estrechamente ligado al nacionalismo que consti-

tuye la filiación ideológica central del discurso político de esta región del mundo, desde fines del siglo XIX y por lo menos hasta fines de los años sesenta del siglo XX, en que después de las dictaduras militares, perdió su centralidad a raíz de la implementación de la apertura comercial, la privatización de las empresas estatales y la desregulación laboral que modificaron profundamente el escenario ideológico de varios países.

Una primera connotación está ligada a la interpretación de la transformación del capitalismo que hizo Lenin en su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, publicado en 1916. Aquí, Lenin desarrolla una perspectiva de historia económica como base del diseño de la estrategia política del partido bolchevique, en la víspera de la revolución de 1917. Puede alegarse que el libro de Lenin no hizo sino confirmar muchas de las tesis que los primeros marxistas latinoamericanos habían desarrollado sobre las implicaciones de las inversiones extranjeras en nuestro continente. Puede decirse que América Latina fue un laboratorio de los procesos que Lenin describió y formalizó teóricamente. No obstante, esta connotación no es la más pertinente para abordar la lectura del libro que comentamos.

En efecto, existe una segunda connotación del antiimperialismo que enfatiza sus implicaciones políticas. Aquí, el libro de Haya de la Torre *El antiimperialismo y el APRA*, publicado en Santiago de Chile en 1936, ilustra bien cómo esa filiación ideológica puede servir de cemento de alianzas y frentes que articularon a diversos actores en una lucha en contra de la potencia estadounidense que se centra en el imperialismo y no en la lucha anticapitalista. Así, Haya de la Torre fundó su idea de que la lucha fundamental de los latinoamericanos era contra el control económico de nuestras economías por los capitales extranjeros y no contra el desarrollo capitalista propiamente como tal. Este cambio de énfasis hizo posible la constitución de proyectos ligados a la idea de independencia económica, más que a la moderniza-

ción capitalista de nuestras economías. Es relevante aquí que éste fue el punto central del distanciamiento entre Haya de la Torre y Mariátegui, quien, al contrario, defendió un proyecto socialista, que suponía luchar contra el capitalismo, más que contra el imperialismo.

Pensamos que las dos connotaciones que hemos descrito brevemente no son herramientas pertinentes para otorgar sentido a los ensayos de este libro. En efecto, debemos identificar una tercera connotación que nos puede ser más útil para realizar esta tarea. Se trata de una connotación en donde no es ni la economía ni la política las que constituyen la base del proyecto antiimperialista, sino que es la defensa de nuestra identidad cultural, derivada de nuestra herencia hispánica, la que constituye el corazón de esta tercera connotación de la filiación antiimperialista. Aquí, el énfasis está en la ideología, en la representación de lo propiamente latinoamericano, que despierta agravios cuando se ve amenazado. Aquí es donde aparece la relación estrecha entre nacionalismo y antiimperialismo concebidos como filiaciones complementarias que se expresan cabalmente en los textos analizados por los autores de los ensayos de este libro que provienen de distintos países como Guatemala, México, Nicaragua, España, Chile, Perú e incluso de Estados Unidos. Pues, en efecto, la exégesis realizada de los textos escritos por Paul Groussac, Carlos Pereyra, Isidro Fabela, Salvador Mendieta, Máximo Soto Hall, Araquistain, Alberto Ghirardo, Joaquín Edwards Bello, Manuel Seoane y Scott Nearing y Thomas Freeman refleja claramente el vínculo que en todos ellos se establece entre nación, nacionalismo y antiimperialismo a partir de perspectivas culturales que dejan fuera tanto la connotación de historia económica como la referida a la política. Por ello es que nuestra lectura se centra en esta tercera connotación.

Podemos decir que esta visión del nacionalismo está ligada indisolublemente a la formación de los estados nacionales durante

las guerras de independencia a principios del siglo XIX. En mayor o menor medida, dichas guerras contribuyeron a la gestación de la nación a pesar de los contenidos diversos que asumió según los países. Así, no es lo mismo el significado del proceso de constitución de la nación en Chile, México o Perú, a pesar de que en cada uno de ellos fue el eje que permitió articular actores sociales y políticos que al final pudieron integrarse en Estados más o menos coherentes.

No obstante, el nacionalismo evolucionó a lo largo del siglo XIX. Con Martí, adquirió una base ideológica muy diferente de la que tenía a principios de ese período. Pues, en efecto, fue Martí quien combinó al nacionalismo con el antiimperialismo, como resultado del análisis de la problemática cubana y por el conocimiento directo de la realidad de Estados Unidos, en donde, en ese fin de siglo, no se podía pensar el uno sin el otro pues la idea del “patio trasero” invocada por Theodore Roosevelt no podía sino generar a la vez nacionalismo y antiimperialismo.

Partiendo de la experiencia de Cuba y proyectándose al resto del continente, Martí enfrentó la realidad de la isla, que era y había sido colonia española y enclave azucarero estadounidense. En eso, no hizo sino retratar situaciones muy similares en países como Bolivia, Chile, Perú y sobre todo la de los países centroamericanos, en los que el “patio trasero” no era sólo una expresión verbal sino una lacerante realidad.

En Cuba y en los países que se le asemejaban, ser nacionalista implicaba ser antiimperialista y, como podemos constatarlo, algo similar ocurrió en Nicaragua y en México, en las versiones que de dichos procesos nos entregan Isidro Fabela, Máximo Soto Hall, Alberto Ghirardo, según las interpretaciones de Luis Ochoa Bilbao, María Oliva Medina y Alejandra Pita González y María del Carmen Grillo. Esa combinación es clave en la comprensión de la connotación de la filiación antiimperialista asumida por varios de los autores estudiados en este libro.

Es decir, la defensa de la cultura nacional o continental, de la identidad tanto específica como local y heredada de nuestro pasado colonial se podía construir a partir de la definición de un adversario como lo fue y es Estados Unidos. La potencia no era ni es solamente portadora de capitales y de tecnología sino también de una forma del ver el mundo. Pero sobre todo, la Doctrina Monroe, estudiada por varios de los autores aquí considerados, fue guardiana celosa de su patio trasero.

En autores como Fabela y Ghiraldo esta perspectiva es aparente. Por eso, se podía ser antiimperialista a partir de posiciones ideológicas conservadoras. No se trataba sólo de defender los recursos naturales o de oponerse a las intervenciones militares, como fue el caso traumático de la invasión de los *marines* en Veracruz en 1914 y en Nicaragua en 1928, sino también de afirmar identidades culturales que incluían la idea de la hispanidad, la mexicanidad o la chilenidad que poco tenían que ver con las otras connotaciones.

En el caso de Alberto Ghiraldo, si bien fundamenta su antiimperialismo en documentos y en cifras, en la contabilidad de las dimensiones geográficas de la expansión estadounidense, estos aspectos se matizan con encendidas defensas de la raza hispánica, de la fuerza del espíritu y de los idealistas.

Por eso es que un personaje como Carlos Pereyra pudo ser un nacionalista pragmático, al mismo tiempo defensor de Victoriano Huerta y antiimperialista. O, de forma similar, Joaquín Edwards Bello podía ser un antiimperialista nacionalista que invirtió los términos de la ecuación al postular la necesidad de que se implantara un imperialismo cultural latinoamericano.

Sin embargo, estas posiciones, asociadas a un antiimperialismo de corte conservador, aparecen hoy bastante anacrónicas, sobre todo porque el pensamiento conservador dejó atrás la defensa de la identidad nacional como referente y, al contrario, pasó a defender el *american way of life* sin ningún pudor. Esto

fue particularmente notorio entre los herederos del nacionalismo decimonónico cuando apoyaron los golpes militares en Brasil, Uruguay, Chile y Argentina inducidos directamente por Estados Unidos.

Es quizás por esa deriva del pensamiento conservador que es pertinente, hoy más que nunca, reivindicar la connotación cultural del antiimperialismo que está asociada a lo que argumentaran Isidro Fabela, Máximo Soto Hall o Salvador Mendieta. Su pensamiento amplió el espectro del análisis del antiimperialismo. En efecto, para ellos ser antiimperialista debía llevar consigo cumplir con la necesidad de la unión, de la unificación, de la búsqueda de la fuerza colectiva, concebida como conciencia continental, como identidad más que como recurso político. Esta perspectiva fue también elaborada en detalle por Manuel Seoane, quien desde el APRA buscó dar fundamento a lo que podríamos denominar el *ethos* antiimperialista, ubicado más allá de planteamientos limitados como podían ser el artículo 27 constitucional o la construcción del APRA como partido político.

Por lo tanto, la contribución de este libro puede identificarse con su compromiso con la defensa del espacio cultural en el análisis del imperialismo. En ello, es fiel a *Nuestra América* de Martí, texto en el cual nuestra identidad pasa por la geografía, por nuestros valores, la música, el arte, y no sólo por la defensa de intereses económicos o de proyectos políticos. Así, la lectura minuciosa y creativa realizada por los autores de los ensayos de este libro nos permite recuperar la herencia propiamente cultural de esta filiación ideológica tan central en nuestra vida cotidiana.

Francisco Zapata
El Colegio de México